

FERNAND BRAUDEL

FELIPE RUIZ MARTIN

Universidad Autónoma de Madrid

En la noche del 27 al 28 de noviembre de 1985 dejaba de existir, en Saint-Gervais, no lejos del Mont Blanc, Fernand Braudel. La noticia corrió por el mundo, suscitando un eco inusitado, que ponía de manifiesto la boga alcanzada en nuestra época por esa entidad peculiar que llamamos historia. Aunque éste sea un fenómeno resultante de amplias y complejas motivaciones, nadie contribuyó a fomentar esa atención, ese interés colectivo —patente durante la segunda mitad del xx— por lo que fue el pasado, como Fernand Braudel, y una vez más, ahora a su muerte, se repetía lo que en el otoño de su vida ocurrió frecuentemente: erigirle a él mismo sobre el pedestal que coronaba su propia obra, la más acariciada, la más conseguida: la devoción despertada por la nueva sociedad —la de hoy y parece que la de mañana— a la diosa Clío. Periódicos y revistas semanales de gran difusión dedicaron prolongadamente al triste suceso espacios gráficos y literarios, por prioridad y extensión, no corrientes, con titulares tales que «La epopeya de Braudel», «Ciudadano universal», «Un príncipe de la historia»... Del texto de las colaboraciones, avaladas por firmas de procedencia dispersa, se desprendía cómo Fernand Braudel, haciendo y dirigiendo investigaciones y reconstrucciones relativas a un período más bien remoto, anterior a la industrialización, se había convertido, desde Francia, en uno de los intelectuales más conocidos y respetados en la actualidad, y no sólo en el Oeste, a uno y otro lado del Atlántico, sino también en el Este, e incluso en las zonas permeables de África y Asia, sin omitir Australia.

Una colosal figura, que se hizo a sí misma. Un historiador que recorre paso a paso, sin atajos, el camino de quien se enfrenta con el oficio —o, de preferirse, con su carrera— sin más recursos que la valía personal. Nace en 1902, en Lumeville-en-Ornois (Lorena), hijo de un profesor de escuela primaria con fe ciega en el porvenir que tenían las matemáticas, las cuales enseñaba con predilección y entusiasmo. Trasladado el padre a París, Fernand Braudel es alumno excepcional en el liceo Voltaire, donde termina el bachillerato. Vacilaciones en los estudios a seguir. ¿Medicina? A la postre, Letras.

Su paso por la Sorbona es brillante; le distingue, especialmente, Albert Damangeon, el geógrafo, y Henri Hauser, que a la sazón debía estar perfeccionando los tomos famosos sobre *La Preponderancia Española* y *La Preponderancia Francesa*, en la Europa de los siglos XVI y XVII. A los veintidós años gana Braudel con facilidad máxima las oposiciones no sencillas de «la agregación». Y se marcha a Argel para dar clases de «secundaria» a adolescentes; eso sí, con «algo» que encandila a los muchachos, que temprano le adoran, y para quienes la Geografía y la Historia se transforma como por ensalmo en la asignatura más atrayente, aunque se les exija, en raciocinio, acaso como ninguna de las demás.

En el «Gran Liceo» de Argel estuvo Braudel de 1923 a 1931, que recordaba invariablemente después con complacencia, y ya en la madurez le escuché poner acento de comprensión al referir de Lucien Febvre estar íntimamente orgulloso de haber sido, reconocidamente, excelente profesor de bachillerato.

Al llegar a Argel elige el tema de su tesis doctoral: «El Mediterráneo en tiempos de Felipe II», y, si no me equivoco, bajo la dirección de Henri Hauser. No creo que la intención inicial fuera simplemente reconsiderar las vicisitudes político-militares, en el mar interior, coetáneas a Felipe II, como maliciosamente se ha aseverado. Braudel —y Hauser— seguían de cerca la producción bibliográfica alemana y conocían, singularmente, *Der Mittelmeergebiet*, de Alfred Philipson, y no se podían conformar con referir escenas triviales que habían caecido en aquel escenario. Desde el principio la intención era más profunda, aunque inicialmente fuera vaga y dubitativa. Braudel aprovecha las vacaciones para recorrer los archivos y acopiar fichas sacadas de documentos inéditos, y en los períodos lectivos tomar notas, cumplidos sus horarios, de cuantos libros antiguos o modernos caen en sus manos, y así va perfilando poco a poco sus objetivos. Formalmente esas fichas, esas notas, tienen de común que son breves, muy cortas, y se reducen de ordinario a un toque suelto; si de pintura se tratara, una pincelada. Excepcionalmente copian un párrafo entero largo, menos transcriben un texto de la cruz a la fecha. Sería prolijo intentar seguirle en el itinerario de sus búsquedas. Muy temprano se sirve de un aparato fotográfico. El procedimiento es, entonces, tan novedoso que me figuro la sorpresa, el asombro, que depararía al llegar aquí o allá. Contaba Braudel que fue en Ragusa donde recibió esa inspiración momentánea que conocen cuantos se afanan por encontrar el *quid* de lo que persiguen, y que al cabo de moverse meses y meses en tinieblas, como a tientas, de pronto se hace la luz para ellos y ven con aceptable claridad el esquema a seguir, trance a partir del cual ya se puede construir verticalmente, sin zozobras. Desde Ragusa descubrió Braudel su Mediterráneo. (Como a buen seguro sería desde El Escorial, más que desde Simancas, nos imaginamos Emmanuel

Le Roy Ladurie y yo, una mañana no lejana, perplejos ante la grandiosidad del monasterio, que fue donde Braudel concibió su Felipe II, el monarca hispano que en 1573 abandona la pugna con el turco para concentrar todas sus fuerzas militares —o, lo que es igual, sus disponibilidades dinerarias— en los países Bajos.)

De la evolución de las perspectivas, de los horizontes de Braudel, son el mejor testimonio las reseñas suyas que van apareciendo a partir de 1927. Tienen un sabor especial, distinto al habitual en los trabajos eruditos. Repararé, por ejemplo, en la *compte rendu* del *Philip the Prudent* de Roger B. Merriman, que encontré al azar hacia 1940, hojeando en la biblioteca del Ateneo de Madrid la *Revue Historique*. ¿Quién era aquel Fernand Braudel que la suscribía, en 1936? No le parecía inútil el tomo (para mí, el incomparablemente superior de la serie *The Rise of the Spanish Empire*, aunque sea el único de los cuatro que no está traducido al castellano), bien que fuese susceptible el copioso material acumulado —todo él ya conocido e impreso, aunque quizá nunca tan ampliamente coordinado como allí— de otro enfoque de aquel dado por el meritorio hispanista de Harvard (quien cuenta en sus logros docentes el haber inspirado a Julius Klein, a Earl J. Hamilton y a Julian Bishko, que entre 1920 y 1938 pusieron de patente en temas hispanos el nivel alcanzado, ya entonces, en la formación de los graduados universitarios de los Estados Unidos, por la Antropología y la Economía aplicadas a las Ciencias Humanas). Para que sirviese de ilustración preliminar a su *Philip the Prudent*, Merriman se agenció la fotografía del original de una carta del Inquisidor General al Rey, fechada en 3 de marzo de 1575, que citaba Pascual de Gayangos en su catálogo de manuscritos españoles del *British Museum*, en la cual Felipe II puso, al margen, según acostumbraba con frecuencia, de su mano, un amplio comentario. Merriman cometió la ligereza de transcribir lo que entendió de aquellos párrafos —en verdad de caligrafía nítida— y no acertó con lo que exactamente ponían. Y el joven Fernand Braudel, que detectó los errores, se enfadó; estoy seguro de que, una o dos décadas más tarde, simplemente hubiera sonreído condescendiente.

Ya avanzada su tarea primordial —hallazgos y reflexiones en torno al Mediterráneo—, parte Fernand Braudel en 1935 para Brasil como miembro de una misión pedagógica que ayude a la creada Facultad de Filosofía y Letras de São Paulo. Son compañeros de Braudel en esa misión pedagógica el geógrafo Pierre Monbeig y R. y P. Bastide, a los que distinguían intencionados los estudiantes, a uno del otro, por el Bastidinho y el Bastidao. Braudel en São Paulo, como en Argel, se convierte en mito de los escolares, a los que se consagra; eso que no deja de preocuparle «El Mediterráneo», y en cuanto puede torna a dar vueltas a los miles de papeletas que tiene consigo, o hace una escapada trasatlántica para completar su documentación. La perspectiva

le depara ambientación: no se ha reparado suficientemente que muchos pasajes de *La Méditerranée* están concebidos en América del Sur, por donde viaja Braudel. Desde la Pampa irá a los Andes, y surca la cordillera colosal, y para aclararse en el espectáculo que contempla, se empapa de la novelística que describe tierras y gentes de aquel continente. La noción de espacio se modifica, ampliándose, en la retina y en la concepción de Braudel; también, acaso, la conexión —nunca el antagonismo— entre llanuras y montañas. No fue estéril esa etapa de Braudel en Brasil desde el punto de vista de su aprendizaje; tampoco por lo que atañe a los horizontes que abrió a los alumnos que le escucharon: éstos no olvidarán sus lecciones —incisivas, penetrantes, a veces cáusticas, que expresadas en la lengua de Camoens tenían garra singular— cuando para empezar a hallar una percepción válida de la inmensidad compleja que habitaban, apelan al análisis sociológico, donde conseguirán resultados esclarecedores, firmes.

De regreso definitivo, a comienzos de noviembre de 1937, sube Braudel al buque «Campana» a su paso por la rada de Santos, y a bordo se encuentra con Lucien Febvre, que venía de la Argentina. Había visto Braudel a Febvre fugazmente en París, por 1931 y 1936. Pero se conocen sólo ahora, durante casi tres semanas que duraría la travesía hasta Francia. Muchas especulaciones han sido hechas sobre la fortuna que se derivó para Braudel de esa coincidencia en el «Campana». Pero hay un refrán castellano que encaja como anillo al dedo, y más o menos reza así: «La Virgen siempre se aparece a los pastores». Consideremos que Lucien Febvre acaba de pronunciar en la Argentina una serie de conferencias fundamentales sobre «El Mediterráneo y Europa», y que descubre a un compatriota que lleva casi tres lustros discurriendo con ardor en torno al Mediterráneo, y por añadidura es fervoroso del mensaje que emana de los *Annales*. De las charlas, del diálogo en el navío, va a surgir la amistad, desde luego, entre los interlocutores, y el propósito de Febvre de incorporar a Braudel a la empresa acometida junto con Marc Bloch en Estrasburgo, por 1929, a la cual no faltaban a la sazón reticentes y detractores. Charles Seignobos calificaba a la revista, *Annales d'Histoire Economique et Sociale*, de «agria». ¿Podía desaprovecharse la participación de una promesa excepcional que estaba a punto de cuajar? Esa excepcional promesa era elocuente, persuasiva, inteligente, con curiosidad ilimitada, dotada de una memoria infalible, dominando idiomas, al corriente de lo que se publicaba, crítico sin pasión.

La segunda guerra se echaba encima. Braudel, establecido en París —en 1937 es nombrado *directeur d'études* en la Escuela Práctica de Altos Estudios—, se disponía a redactar su tesis doctoral, para la que, pese a la angustia del conflicto bélico que se cernía, trabajaba incansablemente... hasta que se le obligó a detenerse. La conflagración había estallado. Sin gran demora, Fran-

cia será invadida, y su ejército, en el que Braudel estaba incorporado como oficial de artillería, se derrumbará como un castillo de naipes (junio de 1940). Una interminable cautividad, que comenzó en Maguncia y se prolongaría en un campo de concentración cerca de Lübeck, fue el paradero de Braudel hasta mayo de 1945. ¡Casi un lustro! Mucho después, en Madrid, en casa de José Antonio Maravall, nos relataría Braudel durante una velada —en la que están también Luis Díez del Corral y Gonzalo Anes— sus zozobras en Lübeck. Huir era la obsesión dominante; un imposible. Para calmarse se organiza entre los prisioneros una serie de actividades culturales, y Braudel es elegido rector. En el campo de concentración de Lübeck, Braudel tiene arrestos, en los ratos que le dejan libres sus deberes, para, apoyándose en una tablilla que sostiene sobre sus rodillas, continuar escribiendo, de memoria, sin notas, su tesis doctoral —«fijada en sus grandes líneas... desde 1939»—, en cuadernos escolares rayados. Era una manera de conservar el ánimo enhiesto, de mantener las esperanzas. De aquellos apuntes, que conforme iba terminando los capítulos eran remitidos a Lucien Febvre, guardo yo algunas líneas, insertadas —pegadas— en unas cuartillas pajizas de las que se usaron hasta los alrededores de 1950. En esas cuartillas pajizas se trazaría la definitiva versión de la tesis doctoral de Braudel, y en ellas se aprovechaban trozos de los cuadernos rayados del campo de concentración de Lübeck.

Esa versión última fue facilitada por la labor de Madame Braudel mientras su marido estuvo prisionero: ella intuyó los datos, y las citas, y hasta los relatos de que convendría un día disponer para apoyar aserciones, y lo recogió puntualmente. De esa forma, liberado Braudel en 1945, apenas transcurridos dieciocho meses, la tesis doctoral, que se titulaba *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, estaba concluida, con citas eruditas y un extenso aparato de fuentes.

La *soutenance* de la tesis doctoral de Fernand Braudel prometía un relieve y un eco que la Universidad Napoleónica por excelencia, la Sorbona, no dejó escapar. Un miembro del jurado, Ernest Labrousse, ha relatado la discusión entre cada uno de los componentes del tribunal y el candidato, que contestaba seguro y preciso a las consideraciones y objeciones que le formulaban. Es excusado aludir a la calificación. En el *ranking* de las tesis doctorales, conforme a la estimación de los entendidos, ocupa un puesto destacado *La Méditerranée*, del que tardará en ser destronada. Esta jerarquización de las tesis doctorales presentadas, que no figura en ningún acta, pero que circula como moneda de la mejor ley, es muy importante en Francia. Temprano, un editor prestigioso, Armand Colin, se interesa por el *factum*, que después de ser reducido al máximo llenó 1.160 páginas de tipografía apretada. Aparece en 1949, todavía en un papel que denota las secuelas de la tragedia bélica sufrida. Lucien Febvre consagra a *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'épo-*

que de Philippe II, encomiástico comentario, bajo el epígrafe *Un gran livre que grandit*. Implícitamente proclamaba por dónde iba a discurrir en el futuro la corriente de los *Annales* y quién va a ser su denodado paladín: aquel que había conseguido plasmar algunas, al menos, de las que antes eran meras afirmaciones, sugerencias, intuiciones. Braudel había encontrado una parcela de la tierra prometida. ¿No era lógico confiarle a él las exploraciones ulteriores? Sin embargo, que se tomara esa decisión, no lo perdonaron los potenciales candidatos al puesto a cubrir.

La Méditerranée de Braudel fue en Francia una sorpresa apabullante; lo sería menos para cuantos hubieran reparado en los ensayos dados a conocer de 1946 a 1949 por el autor: por ejemplo, «Monnaies et civilisations. De l'or du Sudan à l'argent d'Amérique». ¿No anunciaban esos anticipos concretos unas consecuencias generales diferentes? Bastaba mirar sin anteojerías para ver. La promoción de Fernand Braudel es natural en un Estado que se está reconstruyendo y busca con esmero a sus mentores. Antes de ser designado para la cátedra de *Histoire de la Civilisation Moderne* en el *Collège de France*, Braudel, por 1949, ya intervenía al lado de Lucien Febvre en marcar rumbo distinto, en la presente singladura, a los *Annales*. Los *Annales* de 1945 a 1956, que no casualmente toman el apellido de *Economies, Sociétés, Civilisations*. La influencia de Lucien Febvre nunca dejó de prevalecer mientras alentó, y se advierte a cada paso; pero a su lado está Fernand Braudel, que no considera a su *La Méditerranée* como una meta, sino como una base de lanzamiento. Empieza Fernand Braudel a ser importante, con apenas cincuenta años, y, como desde temprano se verá, no sin oponentes. Le es cometida (para un período indeterminado) la presidencia de *jury d'agrégation* de Geografía e Historia, criba eficaz para seleccionar, convocatoria tras convocatoria, regularmente, los aspirantes a ingresar en el escalafón del profesorado oficial de esas disciplinas. Braudel introduce en los programas y en el reglamento modificaciones vigorizantes, que no gustan a ciertos grupos conspicuos, privilegiados. Es relevado del cargo. Ello le permitirá dedicarse con exclusividad al «movimiento» de los *Annales*, el cual entra en una fase de bonanza, por lo que, tomando elevados vuelos, se remonta, de 1956 a 1972.

«Movimiento» que en su lanzamiento no había sido exclusivamente historiográfico. Era más amplio y completo. Un «movimiento» intelectual, con marchamo típicamente de Francia. Pero que al predominar, en su seno, la historiografía, es acaparado por los *Annales*. La parte eclipsa al todo. Con los anhelos de *grandeur* de De Gaulle, se replantea el conato. Y reiteradamente torna lo histórico a sobresalir, con lo que se confirma lo de «Movimiento de los *Annales*». Fallecido Lucien Febvre en 1956, la responsabilidad recae exclusivamente sobre los hombros de Fernand Braudel, que es consciente de la magnitud del desafío, y aceptando el reto, durante unos tres lustros, se

prodiga. Nunca dejó de dar sus cursos en el Colegio de Francia y sus seminarios en la Escuela Práctica de Altos Estudios. Además, atendía a que el contenido de la revista respondiera con fidelidad a su título: *Economies, Sociétés, Civilisations*. Y que las colecciones del *Centre de Recherches Historiques* que se abrieron con Lucien Febvre: en 1951 (*Ports, Routes, Trafiques*), en 1952 (*Affaires et Gens d'Affaires* y *Monnaie, Prix, Conjoncture*), en 1956 (*Les Hommes et la Terre*), y se ampliaron bajo los auspicios del mismo Fernand Braudel: en 1960 (*Démographie et Société*), en 1963 (*Archéologie et Civilisation*), en 1968 (*Industrie et Artisanat*), se nutran de monografías, igual que la corta serie de *Oeuvres étrangères* y la larga serie de la *Bibliothèque Générale de l'Ecole Pratique des Hautes Etudes*. En la mayoría de esos volúmenes, y son un buen centenar, al examinarlos, para autorizar su impresión, Braudel no resistía la tentación de añadir o de modificar frases más o menos largas que mejoraban o completaban el argumento. Los discípulos más cercanos enseguida advertíamos esas frases del maestro, por los modismos o apoyaturas —*d'entrée de jeu, marquer le pas, au long souffle...*—, que equivalen a su firma. Yo me ufano de que la *Introduction* a las *Lettres marchandes échangées entre Florence et Medina del Campo* pasase la prueba con un insignificante retoque en una sola expresión geográfica. En un caso extremo tengo la convicción de que esos aditamentos de Braudel fueron capítulos íntegros. La dirección de la *sixième section* de la *Ecole Pratique des Hautes Etudes*, que le han confiado, aumenta las preocupaciones de Braudel, pues es notorio que el prestigio que está proporcionando a Francia, a París, aquel reducto de las Ciencias Sociales, es susceptible de quebrarse. Unos fallos de calidad, y disminuiría la cantidad de extranjeros, de becarios extranjeros, que acuden prioritariamente a París, a Francia, atraídos por el señuelo simbar de la *sixième section* de la *Ecole Pratique des Hautes Etudes*. La capitalidad de las Ciencias Sociales entre 1955 y 1965 estuvo en París. Fernand Braudel es artífice y guardián de esas prerrogativas, que le cuestan ininterrumpidos desvelos burocráticos. Está constantemente asediado por citas a reuniones en las que se pondrá sobre el tapete, con frecuencia, el mecanismo y la administración, sin excluir su financiamiento, de las piezas del engranaje, cuyas dimensiones rebasan lo cómodamente abarcable. Me acuerdo de un sábado cualquiera de esa etapa apretada, en que yo acompañaba a Braudel al terminar su lección en el Colegio de Francia: estaba perceptiblemente cansado, y me aseguró que respiraba, pues tenía por delante el *week-end* libre... para enfrascarse en unos microfilms que le cautivaban. Porque constantemente estuvo preocupado por sus averiguaciones, por sus hallazgos. Por su obra.

Tengo la impresión que Braudel se plantea a comienzos de la década de los 1950 el paso a avanzar, con las *bottes de sept lieues*, allende de *La Méditerranée*, yendo más lejos, superándose a sí mismo. Por lo que tanea posibi-

lidades y alternativas. En 1951 vuelve a Simancas, y permanece durante un trimestre. Recoge el cúmulo de empréstitos que recabó Felipe II de los hombres de negocios, y los reembolsos correspondientes. Acaso bullía en su mente el propósito de enfrentarse con un «sujeto» más complicado, si cabía, que *El Mediterráneo*, y le tomó el pulso en una de sus facetas más estratégicas: se trataba del capitalismo. ¿Conjeturas más? Vuelto a París, entre un centenar de originales que salen de su pluma, es de destacar como indicio de lo que Braudel está fraguando, su exposición sobre *La longue durée* (1958), teórica o doctrinalmente una de las aportaciones, en mi creer, más clarividentes suyas —no captable fácilmente a derechas, ni siquiera entre los iniciados, como es manifiesto—. Pero es a través de las disertaciones en el Colegio de Francia donde se adivinan más netos los derroteros por donde se está aventurando Braudel. Un curso después del otro, solidariamente, coherentemente, en planos superpuestos: lo cotidiano, a ras del suelo, elemental, imprescindible para subsistir; los mercados rurales y urbanos, con débitos y créditos, y cambios; sobrevolando un insidioso y ágil conjunto que impone su preeminencia, su dominio, el capitalismo. Escuchándole en el Colegio de Francia a Braudel consigue embelesar al auditorio, de once a doce, miércoles y sábados, pero no queda evidente el hilo conductor que trabe las menudencias o las escenas sueltas de los tres planos superpuestos. Braudel no ignora esa perplejidad, y obstinadamente pugna por vencerla. A través de las publicaciones de Braudel entre Mil Novecientos Sesenta y Setenta —detallada lista muy completa ha hecho, cronológicamente, de 1927 a 1972, Branislava Tenenti— se intuye cuáles fueron las latitudes por donde coetáneamente se está moviendo en sus exploraciones, en sus inquietudes, en sus experiencias tan denodado buscador. Pero acaso sea la segunda edición de *La Méditerranée*, aparecida en 1966, donde se encuentre la más extensa gama de novedades que en cuanto a problemática y metodología está incorporando a su acervo Fernand Braudel. En esta segunda edición, *La Méditerranée* es el mismo libro, y sin embargo distinto: con independencia de algunas rectificaciones —la relativa al trigo de Sicilia, que no se agota al acercarse el *Seicento*, se me viene a la memoria—, por otros razonamientos de enjundia, conceptuales. Hay un personaje en el conjunto, que es Castilla, o lo castellano, cuya imagen varía de 1949 a 1966. En 1949 se le representaba como un amplio territorio atrasado y sin pulso; aquejado de marasmo. Distinta consideración merece en 1966. Castilla, o lo castellano, si sus ciudades y su campo conocieron bajo Carlos V una incuestionable expansión, ésta no se acabó con la retirada del emperador germano a Yuste —estimación cara a los tratadistas alemanes del XIX y del XX—, sino que se prolonga y culmina en la segunda mitad del Quinientos. Ciertamente, al acabar la centuria se están deteriorando las magnitudes más representativas de esa ascensión —demografía, producción agrícola-ganadera, manufacturas tex-

tiles, bancos, ferias, protagonismo en los cambios o cotizaciones recíprocas de las monedas nacionales a efectos de saldar deudas y créditos, balanza comercial—. Cervantes, en *El Quijote*, sentencia simbólicamente «que aún el sol da en las bardas».

Viaja mucho Braudel a la sazón, pues la fama de que ya goza se manifiesta en invitaciones que le atosigan. Gentilmente suele aceptar esas distinciones —ocasionalmente en forma de doctorados *honoris causa*—, con criterio pragmático habitualmente: proponiéndose visitar paisajes o pueblos que le aclarasen interrogantes de lo que trae entre manos. Sobre la marcha, aprovecha para meterse a husmear en este o aquel depósito de documentos, de los que jamás emerge defraudado, sin encontrar nada: sea en Cracovia o en Leningrado, sea en la *British Library*, en cualquier biblioteca de Estados Unidos, o de América del Sur, o de la India. Braudel es incansable devorador de manuscritos. Cuando le llevan a Alcalá de Henares, por 1964, para investirlo doctor *honoris causa* de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de Madrid —apadrinado por José Antonio Maravall— se lamenta de que el incendio que devoró los papeles de trámite de los Consejos de la dinastía de los Austrias, los cuales se custodiaban en Alcalá de Henares, no le permitieran verificar unas presunciones.

Adonde más a menudo se traslada es a Italia. Dos, tres veces al año. La presidencia del comité científico del *Istituto di Storia Economica* «Francesco Datini», que fundara el llorado Federigo Melis, le reclama en Milán, en Venecia, en Florencia, en Roma... Todas las primaveras, de 1969 a 1985, fue a la *settimana* de Prato. No se permitió el lujo, jamás, de perderse una sesión de trabajo. Llegaba a cada una con puntualidad exquisita. Se sentaba siempre en la misma butaca de la segunda fila. Escuchaba atento y deferente. Tomaba notas. Interventía en el coloquio al acabar —y si se desviaba, le reconducía—. Compartía luego la mesa del restaurante cada comida —previo *appuntamento*— con los colegas que le requerían. Era un conversador formidable. Por las tardes, si no tenía un compromiso, se escapaba a cualquier archivo. Parece que le estoy viendo atravesar, del brazo de su mujer, andando despaciosamente, la plaza *Della Signoria* de Florencia un atardecer, procedente de los soportales de *I Uffizi*, del *Archivio di Stato*, claro es. «He estado en Lucca —me comentó en otra ocasión—, y la correspondencia de los embajadores de aquella República en Madrid es sustanciosa.» De pronto, en la colaboración suya en el «Homenaje» a un amigo que se jubilaba, nos sorprendía con la más extraña documentación encontrada Dios sabe dónde y cuándo: *verbi gratia*, la suspensión de pagos de Felipe IV en 1627, en *Festschrift* a Wilhelm Abel. Siempre antepuso Fernand Braudel su condición de historiador, y no regateó los costes de la profesión, que son gozos incomparables cuando se aciertan. Como historiador supo acceder a ser llamado y oído por las más en-

copetadas instancias. Desde Prato coincidí con él en un tren que iba a Roma, requerido, barrunto, para opinar sobre una situación tirante y complicada.

Sin embargo, el historiador Fernand Braudel no era indiscutible. Como todo el mundo tuvo sus émulos próximos, en Francia, que si no se atrevieron a negarle el pan y la sal, le aguardaban apostados a cada recodo del camino de la vida, dispuestos a la escaramuza, pues no osaban el ataque frontal. De mayor entidad son los disidentes, dentro y fuera de Francia, más fuera que dentro, de la problemática y metodología historiográfica de Braudel; merecen por otra parte más respeto. Predominantemente proceden de tres núcleos: del tradicional positivismo, del marxismo y del economicismo. Quizá la más enmarañada sea la cuestión de las adhesiones y rechazos de Braudel respecto del marxismo. Igualmente complicado es diseñar el mapa de las influencias suscitadas en el mundo por la historiografía de Braudel. *Review*, órgano del *Fernand Braudel Center*, de la Universidad de Nueva York en Binghamton, hizo un esbozo, por áreas, de esas influencias. Polonia e Italia, con Hungría y Turquía, destacan por su permeabilidad al ascendiente de Braudel. La monumental *Storia d'Italia* de Einaudi es acaso exponente de esos ecos. Sobre la *Recepción de la Escuela de Annales en la historia social anglosajona*, disponemos de un exhaustivo balance elaborado por Javier Gil Pujol; claro que la Escuela de *Annales* no está representada con exclusividad por Braudel, aunque no es menos cierto que éste no consigue disuadir la reticencia de la *Social History* frente a aquélla, y más agudo todavía es el despego de la *Economic History* respecto de los *Annales* y de Braudel. Pero el gran público norteamericano, cuando se traduce *El Mediterráneo* en Londres y Nueva York, por 1972-1973, le convierte en *best seller*: las imponentes pilas de ejemplares en los grandes almacenes se funden como la nieve al fuego, con lo que cobra pujanza, y hasta entusiasmo alguna que otra vez, en los recintos académicos, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*.

En 1972 se jubiló por edad Fernand Braudel. Sus jóvenes criaturas se apresuraron a repartirse las poltronas que oficialmente vacaban. Braudel, es verdad, no acogió con entusiasmo la *retraite*. Y menos se plegó a aceptar plácemes y halagos, que se le prometían a porfía, ya; pero, eso sí, manteniéndole relegado. Se había concluido el edificio de una inmensa construcción, levantada en el solar de una vetusta cárcel, la de Cherche Midi, 54 del boulevard Raspail, que Braudel había antaño impulsado, para que fuera albergue de su acariciada idea —grandiosa, colosal— de una *Maison des Sciences de l'Homme*. Había brindado Braudel inicialmente su proyecto a determinados mecenas norteamericanos en los Mil Novecientos Cincuenta. Voló con ese fin a los Estados Unidos, e hizo gestiones, que no cuajaron, por lo que recortando las apetencias redujo el plan en dimensiones. Que esa *Maison des Sciences de*

l'Homme se instalara en París y con recursos franceses... bueno, era algo. De aquel acristalado *bâtiment* en el *quartier Latin*, cuando abre sus puertas, que conducen a pisos y módulos repletos de aulas y despachos, era Fernand Braudel el *Administrateur* desde que se creara en 1962. Y a partir de 1972 un rincón dorado, o torre de marfil potencial, cuyo disfrute plácido se avenía mal con el empuje aún rebosante de su víctima propiciatoria. Se consuela Braudel durante esas vicisitudes adversas, apresurando el remate de *Civilisation matérielle, économie et capitalisme*. Y paralelamente se dedica a conferir contenido a las aulas y despachos a la *Maison de l'Homme*. Esto lentamente, paso a paso. Los avances que consigue le compensan de contrariedades y disgustos de otra índole. Pues cada número de los *Annales* que aparece supone un berrinche para Braudel. Sus epígonos se están descarriando, y las llamadas al orden que él hace no son atendidas. Ni bien interpretadas. Hay tensiones, que auguran lo peor.

En 1979 salen los tres volúmenes de *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XV^e-XVIII^e siècles*. La expectación en Francia por tomar las medidas a la flamante publicación de Braudel, y deducir, en comparación a *La Méditerranée*, si valía tanto, o más o menos, alcanzó la categoría de *suspense*. Hubo posturas ambiguas y enigmáticas en ese trance; otras palpablemente revanchistas, que se permitieron incluso ironizar. Por supuesto, la mayoría de las opiniones domésticas emitidas fueron alabanciosas, hasta apologéticas. Pero cabían dudas a los que por sí no eran capaces de juzgar. Esa confusión latente en Francia fue resuelta desde el extranjero, cuando los positivistas, los marxistas y los economicistas que reseñaron críticamente la obra de Braudel, escudriñándola, desmontándola, reconocen casi unánimes que su disconformidad —hasta rotunda— presupone la existencia de una entidad que se tiene en pie y destaca, que representa un hito. Lo cual las recensiones más solventes proclaman sin ambages, y encomian con fervor. El éxito a la postre clamoroso de *Civilisation matérielle, économie et capitalisme* entraña un empujón a la *Maison de Sciences de l'Homme*, en cuya sede acaba por alojarse la, desde su nacimiento, errática *Ecole Pratique des Hautes Etudes, sixième section*, que en lo sucesivo elimina lo de *Pratique* y adopta el apellido genérico de *Sciences Sociales*; es decir, que su denominación venidera será *Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales*. La *Maison de Sciences de l'Homme* en la coyuntura de 1980 es uno de los focos culturales mejor dotados en Europa de instalaciones informáticas, y más concurridos e inquietos de París. Su concierto con los *Syndics of the Cambridge University Press* asegura un acuerdo de coediciones y su distribución, por series; la primera de ellas, «Estudios sobre el capitalismo moderno», estrenada con *Incroyable gazettes et fabuleux métaux; Les retours des trésors américains d'après les gazettes hollandaises (XVI^e-XVIII^e siècles)*, de Michel Morineau.

Las distinciones y los honores a Braudel en París dejan de regatearse. Se difunde por París eco de lo que en Estados Unidos se está leyendo *El Mediterráneo* y *Civilización material, economía y capitalismo* —en versiones hechas de ambas por Sian Reynolds sencillamente primorosas: no en vano mereció la de *Civilización material, economía y capitalismo* el codiciado *Scott Moncrieff Prize*—, hasta, repito, agotarse tiradas copiosas. *Civilización material, economía y capitalismo* es *book of the month*. El propio Braudel es traído y llevado de *University* en *University*: que yo sepa, tiene un seminario en Chicago; pasa por The John Hopkins, en Baltimore, cuando en 1968 está celebrando su *meeting* la *Society for Spanish and Portuguese Historical Studies*, que le tributa una acogida entusiasta; recorre Harvard, Yale, Princeton... Se le confiere en Francia, en París, esa reputación superior, majestuosa, de gran intelectual. Y el 30 de mayo de 1985 entra en la *Académie Française*.

Sí que le complació que le llamaran a la *Académie Française*, y se le dispensara la recepción, bajo «la cúpula», de que fue portavoz Maurice Druon, aunque sólo sirviera para dar un mentís a los que le echaban en cara que no era «inmortal». Ahora bien, lo que sin duda le hizo más placer fueron las tres jornadas del *centre de rencontres* de Chateaufalon, cerca de Toulon (18, 19 y 20 de octubre de 1985). Ante un millar de personas, procedentes de quince países, insignes en pluralidad de saberes, se propusieron por sendos especialistas deducciones conceptuales básicas de la Obra de Fernand Braudel, y, considerando a cada una de esas básicas concepciones como móviles permanentes en su actuación, discurrir —coloquialmente— la vigencia que tenía para el presente y para el futuro. Paul Fabra ha relatado en *Le Monde* episodios brillantes que transcurrieron en Chateaufalon. En el programa del *symposium* se incluía, como aditamento, que Fernand Braudel diera una clase a los escolares de Toulon sobre el asedio que padeció la plaza en 1707. Acudió a escuchar al prestigioso maestro tal cúmulo de adolescentes que cualquiera, sorprendido, se hubiese asustado de no ser Braudel. Braudel, por el contrario, se estimuló con el homenaje juvenil multitudinario que se le tributaba. Y desplegando sus formidables dotes de actor, enardeció a aquella *troupe*. Las fuerzas de seguridad —las CRS— desplazadas a Toulon para que en el partido de fútbol del equipo local con el Saint Germain de París no se repitieran —como se temía por los agoreros, que pidieron y obtuvieron protección— escenas por el estilo de las registradas hacía poco en Bruselas. Los *hooligans* no dieron que hacer a las CRS. Las únicas aglomeraciones tumultuosas que en aquella fecha hubo en Toulon —pacíficas a porfía— las provocaron idas y venidas de un octogenario que nadie hubiera pronosticado que un mes después dejaría de existir. Un periodista que cubría el acontecimiento y distinguía a Braudel, entre los puñados de gente que le rodeaban en Toulon, por

su cabellera blanca, tupida, rizada, «como una crin», captó su sonrisa de chiquillo travieso, un poco pillo, que goza con sus travesuras.

Se fue para siempre sin terminar su última empresa, una *Histoire de la France* concebida para tener amplias dimensiones; pero antes de dejar París para Saint-Servais, hizo entrega al editor Arthaud del volumen primero, intitulado *L'identité de la France*. Es un canto a la tolerancia para con los emitidos que en el acogedor Hexágono hallaron refugio y no tardan en acomodarse, y, mejor aún, los preclaros, sirvieron a los ideales y a los principios que son la esencia de Francia, y de su historia. Sólo he leído las primeras páginas de la Introducción. El encaje de su prosa es el inconfundible de Braudel; y su chispa, su atrevimiento, su gracia, su capacidad de *epatar*, allí están. Pero él yace en el cementerio parisino del Père Lachaise. Ha dejado un vacío inmenso; para los que le conocimos de cerca, irrellenable. Evocarle es descubrir facetas de su singular personalidad. Alberto Tenenti me escribe que Braudel apeteció por encima de todo ser querido. A mí me pidieron en una tertulia de sobremesa unos amigos, a las pocas semanas de fallecer Braudel, que les refiriese cómo era, y accediendo, la consideración que inicialmente se me ocurrió fue que «era un hombre bueno, muy bueno; profundamente sentimental». Todo lo demás, después.